

Carta de California.

Los trapos limpios del crítico Edward Said

Wilfrido H. Corral

Desde 1996, cuando irrumpió el *affaire Sokal*, cuyas implicaciones se expanden al disponerse ahora de su documentación en español, cierto ámbito intelectual estadounidense sufre del tono apocalíptico que creó. El *affaire Rigoberta*, cuyos desméritos y discrepancias biográficas nada menores propuse en estas páginas, tampoco parece terminar. Ansioso de exprimir al «otro» hasta el máximo, parte de ese ámbito ahora se encuentra en plan terrorista contra Edward Said. No fue hasta fines de los setenta cuando ese sesudo y cosmopolita profesor de literatura inglesa y comparada en Columbia University se convirtió en lo más cercano a un intelectual público que se puede dar aquí, debido en parte a su pasión por la causa palestina. En una esfera demográfica como la del mundo intelectual neoyorquino su postura es temeraria. Sin embargo, fuera de Nueva York Said ya había adquirido un merecido renombre internacional como crítico literario, y se le acredita giros fundacionales hacia una diversidad conceptual en varias ciencias humanas. De su veintena de libros, obras seminales como *Orientalism* (1978) y *Culture and Imperialism* (1994) han sido traducidas a varias lenguas, y algunas de sus ideas, como la de la «teoría viajera», frecuentemente son citadas como brillantes, seminales, necesarias, revisionistas, pioneras; o todo ello junto. En la república hispano-americana de las letras su obra sigue teniendo una recepción inigualable en círculos intelectuales argentinos, y ahora aparecen sus artículos en *La Nación* y *El País*.

En un artículo memorable sobre el exilio, Said dice que «Apretando la diferencia como un arma que debe ser usada con voluntad endurecida, el exiliado insiste celosamente en su derecho a no pertenecer». Hasta poco antes de su fuerte ruptura con Arafat por los acuerdos de la Conferencia de Madrid en 1997 (y definitiva con los de Oslo), fue activo portavoz palestino. Pero su concienciación respecto a la/su «otredad» es anterior, y tanto él como sus lectores experimentaron una epifanía en la conexión entre su interpretación (basada en la crítica más sofisticada y polémica de su época) de la obra literaria y su condición de exiliado voluntario en Estados Unidos, a donde llegó en 1951. Desde los ochenta, con el comienzo de lo que se llama indistinta y fácilmente «crítica postcolonial», Said se ha visto en

el centro de querellas que se sigue creando a pesar de él.¹ Renovado el rechazo ante el imperialismo, siguió distinguiéndose como crítico de ópera, pianista, comentarista político para la televisión, conferencista incansable, y crítico frecuente del nacionalismo literario. Como intelectual público (papel en que se autoanaliza) escribe dos artículos por mes y colabora frecuentemente en *The Guardian*, *Le Monde Diplomatique* y en *al-Hayat*, que se distribuye en toda capital árabe.

Resulta que en septiembre de 1999 la revista *Commentary*, órgano del conservador American Jewish Committee, publicó un artículo de Justus Reid Weiner con el título «‘My Beautiful Old House’ and Other Fabrications by Edward Said» [«‘Mi linda casa vieja’ y otras invenciones de Edward Said»]. Diez años antes, Said había sido llamado «profesor de terror» en esa misma revista, así que no costaba mucho adivinar cuál iba a ser la médula del artículo. En resumidas cuentas, si no lo llama mentiroso, el argumento principal de Weiner es que Said nunca fue un refugiado palestino, y por ende no puede hablar a favor de la causa palestina o por ella. Pero el asunto no termina ahí. Al mes apareció la autobiografía parcial de Said, *Out of Place: A Memoir* (Fuera de lugar: memoria), de cuya inmediata publicación Weiner dice no saber cuando escribía su artículo. Esto a pesar de que Weiner afirma haberse demorado tres años en investigarlo, o no haberse puesto en contacto con Said. Es un ambiente que justifica preguntar de qué lado está la izquierda, porque esa derecha asocia a Said con Menchú y Edmund Morris, el biógrafo «creativo» de Ronald Reagan. Inevitablemente, las reacciones al libro de Said y al artículo de Weiner se entrecruzaron, y hasta el presente no ha cesado la controversia. Es decir, se entrecruzarán el pensar en términos de identidades que Said critica para Israel, como también se duplicarán los esfuerzos de él por no dejarse domesticar.

El hecho es que su libro no es una autobiografía intelectual, ni cubre momentos recientes del autor. *Out of Place* se ocupa de su vida desde su nacimiento en 1935 hasta 1962, cuando casi había terminado su doctorado. Pero las referencias a su brillante carrera académica son muy infrecuentes. Hijo de palestinos cristianos, criado estrictamente por un padre autoritario, ambicioso y reprimido, a Said nunca le faltó nada. Apolíticos, sus padres se aseguraron de que leyera el «canon» occidental que otros cuestionarían

¹ La politización del ideario de Said, aparte la exactitud de cualquier traducción, se ve en los títulos de las traducciones de otro libro definitivo. *Representations of the Intellectual* (1994) se convierte en *Dire la verità: gli intellettuali e il potere* (1995) y en *Des intellectuels et du pouvoir* (1996). El español literal de *Representaciones del intelectual* abandona el giro foucaultiano y pluralización del intelectual. Hay versiones árabes, coreanas, chinas, turcas y vietnamitas de otras de sus obras.

después, gracias a él. A la vez que relata su emigración, cualquier psicólogo haría carrera con el análisis que hace Said de su exilio y la relación con sus padres (madre impetuosa que mimaba convencionalmente, padre mudable y machista). Pero lo que más quiere transmitir el crítico es la división interna ocasionada en su ser por fuerzas familiares y los privilegiados contextos que siempre lo han rodeado (compañero suyo fue el actor Omar Sharif). Rebelde y paradójico desde chico, se queja de haber sido ignorado en sus colegios, a pesar de haber sido el más aplicado. No lo llama racismo o chovinismo, pero establece que en los de Estados Unidos lo fue y lo marcó hasta que, ya adulto, recibió el reconocimiento que otros «otros» claman. Memorables son los recuerdos de sus tías y los viajes a Nueva York desde su internado de Massachusetts para adolescentes ricos. No menos importante es que el ser ignorado por su «otredad» le haya hecho concienciarse más respecto a la autoridad, y que crea deber más a ese desdén que a mentores intelectuales como Adorno (en su exilio de Los Angeles éste dijo que «el escribir se convierte en un lugar donde vivir para el hombre que ha perdido su patria»), Raymond Williams y Foucault.

Todo lo anterior —es casi previsible— hace que Said conecte sus experiencias con su condición de palestino en casi cada uno de los once capítulos de su libro, comenzado en mayo de 1994. Al leer *Out of Place* uno se da cuenta de que Weiner forzosamente tuvo que extrapolar fragmentos a los cuales Said en verdad les da una lógica cotidiana, personalizada de manera factible, sentimental a veces (sobre todo respecto a lo muy apegado que estuvo a su madre). El tema principal de su libro no es la política sino el deseo de liberarse de sus padres, polos opuestos en su dedicación a su hijo. Como dice en los preámbulos, escribió donde pudo, debilitado por la leucemia incurable que lo aflige, y a través de su memoria (prodigiosa) dice haberse interesado en los estilos tardíos de escritores y compositores. Es una manera de enfrentarse al fin, y en esos momentos Said recurre a la retórica e intransigencia que, admitidamente, aplica en ciertos instantes a sus discusiones políticas. No obstante, la política es demasiado infrecuente (nunca menciona a Arafat, por ejemplo), lo cual hace los ataques de Weiner fofos. Son fofos porque Said establece claramente que la base de su familia siempre fue El Cairo. Por otro lado, cuando termina su libro dice que a través de los años ha aprendido a preferir no ser aceptado, y no sólo por los israelíes.

Es al sector más tenaz de éstos últimos que representa Weiner. En su número de febrero de 2000 *Commentary* selecciona quince cartas (de individuos o grupos) en torno al artículo de Weiner, con una larga contestación de éste en que trata de contrarrestar los catecismos de otros y reiterar los

suyos (Said también lo ha hecho, en entrevistas o por intermediarios). Hay seis cartas a favor de Said, ocho en contra y una «neutra». Esto también era previsible, como las contradicciones de los argumentos de ambos lados. Así, lo que queda de este *affaire* es el problema de la responsabilidad, y dificultad, del intelectual de proferir verdades en un ambiente postmoderno. Precisamente, en su respuesta Weiner acude a un comentario emitido en una entrevista por Said respecto al *affaire* Rigoberta. Según Weiner, Said dice que le incomoda éticamente que un documento no diferencie claramente entre «Yo verdaderamente pasé por esto» y «Yo en verdad no pasé por esto pero pude haberlo hecho». Weiner y Said tienen razón más allá de la sinceridad del intelectual, porque los críticos que frecuentemente pretenden ser intelectuales se sirven de mitos casi literarios creados por ellos mismos. Si Said ha descarriado a sus lectores respecto a su infancia ello no desacredita lo que ha escrito sobre el conflicto palestino. El peligro es que en el voluble mundo intelectual de este país se quiera dar el paso del político al crítico, y que en vez de darse el paso del dos al tres la percepción del trabajo total de Said se estanque en los binarismos que él mismo ha superado en cuarenta años de crítica impenitente.

Parábola del crítico no arrepentido

Por razones obvias, aunque aparentemente por lo ocupados que están y por no querer molestarse al haber llegado a cierta cima de la profesión, varios críticos estadounidenses optan por no responder a las acusaciones de sus detractores, aunque ninguno puede evitar ironizar al respecto en entrevistas. El más conocido es Harold Bloom, famoso desconocedor del canon hispano. John M. Ellis, tal vez el más teórico de todos, comenzó su batalla con ataques a la deconstrucción, y como Carlos García Gual en España, hoy escribe sobre cómo la ignorancia olímpica y las agendas sociales han corrompido las humanidades. Frank Lentricchia, otrora «duro» de la crítica social, se define desde 1996 como «ex-crítico literario». Marjorie Perloff, teórica de la vanguardia, frecuentemente exige la literatura en los refritos interdisciplinarios. Stanley Fish, defensor de las ofuscaciones que parodió Sokal, ahora postula que el multiculturalismo de los liberales académicos (versión USA) es de *boutique*. Como Said, estos críticos pueden hacer lo que hacen porque se formaron leyendo clásicos y contemporáneos a fondo, sin despreciar ningún canon sino poniéndolo en perspectiva. Pero ninguno se acerca a Said respecto al compromiso con una causa o como representante de la izquierda posestructuralista sensata de este país.